

VISTAZO A JOSÉ ENRIQUE RODÓ

CÉSAR TIEMPO

Buenos Aires, Argentina

Esta cara de planos irregulares y atónicos, esta tez desvaída, estos ojos grandes, de desmayado fulgor bajo los párpados azulinos, este cuerpo abotagado, este andar tardío, estas manos de un blanco mate surcadas por gruesas venas, ¿pudieron pertenecer alguna vez como un disfraz transitivo al cuerpo ligero de un niño? Aunque cueste creerlo, este hombre de movimiento cansino cuyo temperamento linfático se halla tan claramente acusado, es el mismo niño de cuerpo flexible y nervioso que observara desde lejos con mirada inquieta la demolición de la ciudadela de Montevideo en los días cárdenos del dictador Lorenzo Latorre que terminó con el caudillismo cimarrón en el Uruguay, no sin antes rodear con un bárbaro collar de brasas el cuello del país. Han transcurrido cerca de cuarenta años de aquel acontecimiento, y la criatura que vió nacer en Montevideo la plaza Independencia se ha transformado en el escritor armonioso y el hombre desgalichado de hoy que barzonea por las calles de Barcelona. En uno de sus recodos, cerca de la plaza de la Paz donde se alza el monumento a Cristóbal Colón, la mano del azar lo pone frente a una casa de comercio en cuya muestra descubre su propio apellido. José Enrique Rodó—que no otro es el paseante—aprende por su homónimo que en buena prosodia catalana la primera *o* de su apellido no suena como la rotunda y nítida vocal en nuestro idioma, sino de un modo que participa de la *o* y de la *u*. El señor Rodó, grato a la revelación, avanza ahora a barlovento hasta descubrir, erguida sobre el mar, la mole sombría de Montjuich—Monte Judío—y recuerda bruscamente a Francisco Ferrer cuyo ideario no pudo compartir nunca. Pero él no está aquí para hacer pelagoscopia

y si bien se halla habituado a ergotizar consigo mismo, abandona las profundidades para recrear su vista en la Rambla de las Flores. Horas más tarde recorrerá en compañía de Rafael Vehils la Catedral donde se creará transportado a los días de Roger de Flor y de los condes en guerra con turcos y moros. El joven y perspicuo intelectual catalán le transmite entonces una expresión imborrable que recogiera de labios de Rodín acompañando al gran artista a visitar esa joya ciclópea: “El incommunicable secreto del arte gótico consiste en saber modular la luz y la sombra.” Rodó sabe modular también su prosa sin confundir el color con la luz, y huir por igual de las reverberaciones trémulas como de los cromatismos chillones. Una graffia ojival de sabias gradaciones denuncia al arquitecto y al músico, y en tanto el pensamiento, como la bóveda gótica, aumenta la altura de las naves, el adjetivo preciso y diamantino afirma sus columnas con esa ardua seguridad con que el diapasón normal da el *la* natural.

En la Catedral Rodó descubre sus módulos y comprende una vez más que no es sólo el dibujo lo que concede su diuturnidad a la bella piedra labrada. El supremo anhelo de la prosa y del verso, se dijo ya, es convertirse en mármol, lograr la belleza perenne, quieta y firme de la estatua. Y el mármol, para Rodó, es la carne de los dioses.

Ahora toca tierra. Y alienta cálidamente a Vehils, cuya inquietud espiritual no se aplaca, en su propósito de editar una revista de estudios internacionales, en unión de Rafael Altamira. Y si bien la revista estaría enderezada a señalar una dirección sistemática a las relaciones de España con el resto del mundo, y en particular con la América Latina, Rodó piensa en la posibilidad de nuclear a las

mejores inteligencias del momento en una tarea imperiosa de afirmación y revelación. El escritor que se está formando y aún aquél, ya granado, que desea compartir la alegría de sus descubrimientos y la desazón de sus dudas, necesita la vecindad íntima con otras almas, y ningún punto de convergencia mayor que una revista. Él mismo recuerda sus búsquedas ansiosas en la biblioteca paterna y en la del Ateneo de su ciudad natal, su labor abrumadora de tantos años hasta formarse una cultura, hasta dar con sus maestros decisivos, hasta encontrar los paradigmas que respondieran a su vocación avasalladora. La revista o el diario estuvieron siempre tendidos como un viaducto comunicándolo con los demás a lo largo de su existencia. Tiene once años cuando funda con tres compañeros de escuela una revista que aparece con el nombre de "Los primeros albos." Allí escribe sobre Franklin y Bolívar con seriedad y serenidad precoces. Doce años más tarde, en compañía de Carlos y Daniel Martínez Vigil y Víctor Pérez Petit, lanza la "Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales" cuyo primer número aparece el 5 de Marzo de 1895; y así como el imán busca magnéticamente el hierro inanimado así esas páginas atraen y fortalecen en el sentido del desprendimiento, del heroísmo de la vocación a los más remisos, a los indiferentes, pero siempre a los mejores, agrupando y caldeando a la más brillante de las generaciones literarias del Uruguay. El mismo Rodó publica en 1896, en su revista, un ensayo "El que vendrá," que lo instala por derecho propio en lo alto de su constelación.

José Enrique Rodó, el menor de siete hijos, nació en una casa hipetra de la calle de los Treinta y Tres, casi esquina Buenos Aires, en el año de 1872 con el sol en el cuarto signo del zodiaco. Y si fuéramos a creer a los astrólogos—y más aún a Tácito y a Dante que aceptaban la influencia de los signos celestes en el

destino humano—no fué su constitución linfática sino la figura del cangrejo—cáncer, en latín—en la esfera zodiacal la que definió su personalidad.

Nacido un 15 de Julio, José Enrique responderá a las características generales de los advenidos entre el 22 de Junio y el 23 de Julio, a saber; sensibilidad generosa, capacidad de abstracción, emotividad, timidez, reserva zahareña, imaginación de contornos poco definidos, temor al ridículo, simpatías y antipatías irracionales, excelente memoria y, sobre todo: intuición y amor a la economía. El examen grafológico del escritor confirma en su mayor parte las definiciones apuntadas.

Pero si el cangrejo—cuyo retrógrado andar explicó un joven humorista porteño diciendo que a aquél no le interesa saber adónde va sino de dónde viene—resplandece en el blasón de su zodiaco, el signo astrológico bajo el que llega Rodó a la Universidad es el de un positivismo enteco que hace digno *pendant* a pesar de sus pujos cientifistas—o por eso mismo—con el crustáceo de marras. El escritor de mañana no tardará en encontrar felizmente su propia playa.

De la dichosa edad en los albos lee a Perrault el niño que a los cuatro años deletrea los textos guiado por la ternura sororal de Isabel Rodó. Más adelante serán las lecciones particulares del maestro don Pedro José Vidal las que permitirán al pequeño tener en sus manos algunos de los libracos de la nutrida biblioteca de su padre, don José Rodó y Yaner en quien se conjugan las más recias virtudes de la estirpe catalana. Y si bien éste no interviene directamente en la educación del niño, es su sangre, la buena salud de su espíritu la que le transfunda su limpia discrepancia con las fórmulas incoercibles, su temprano desdén a las supersticiones del dogma. Don José Rodó era un comerciante levantino, imbuido en el liberalismo romántico de su época, que sabía alternar la tertulia con el mostrador, el libro galvanizante con las cifras bancarias. Trabajó así con

Florencio Varela, fué íntimo amigo de Alejandro Magariño Cervantes, se entretenía en interminables partidas de billar con Francisco Acuña de Figueroa, cultivaba el trato respetuoso y cordial de Vicente Fidel López. Dueño de un discreto pasar todo le parecía poco para complacer a su benjamín hacia quien redoblaba su solicitud no por ser el menor sino porque le recordaba al primogénito, un muchacho de inteligencia radiante arrebatado a la vida en plena juventud y con cuyo mismo nombre había sido bautizado aquél. No fué empero José Enrique una criatura consentida, uno de esos pequeños monstruos exigentes a quienes la vida torna luego insatisfechos y desdichados. El no aspiraba a otra clase de diversiones que la lectura, el conocimiento de las vidas de los héroes nacionales y americanos. Ya dijimos que a los 11 años fundó una revista y escribió sobre Franklin y Bolívar. Por esa época—1883—sus condiscípulos quisieron regalar, con motivo del fin de curso, un libro de Sainte Beuve a uno de sus profesores y lo designaron a él para que escribiese la dedicatoria. Empezaba a ser el primero entre sus iguales . . .

Su madre, doña Rosario Piñeiro, dama de viejo tronco patricio acepta, contrariando rancios prejuicios de la época, que el niño se eduque en la escuela Elbio Fernández, instituto laico y racionalista fundado por la asociación "Amigos de la Educación Popular." Allí puede apartar algunas telarañas, ver un mundo pequeño pero no exento de horizontes, y aprender la historia sin interferencias sombrías. Hay alumnos que reciben como apodéctica cualquier sentencia de sus profesores, y recién después de muchos años, si la independencia de juicio se los consiente, pueden corregir su ceguera. Rodó no será, en la Secundaria, arrastrado por el aluvión de un enciclopedismo criboso, un alumno dócil, lo que es decir un alumno ejemplar. O viceversa. Prefiere leer "Las lenguas americanas" de su paisano Andrés Lamas o la biografía de Pedro de

Oña, de Juan María Gutiérrez, antes que los textos abrumadores de lógica o de química. Aplazado en casi todas las asignaturas—más debido a su timidez enfermiza que a su falta de aplicación—rinde, sin embargo, un impresionante examen de literatura, pasa como una perseide por la admiración de dos o tres profesores que presienten en aquel muchacho de expresión ensimismada al futuro escritor, y abandona el bachillerato mucho antes de completarlo. Su padre ha muerto ya y José Enrique se dispone a afrontar la vida con un deseo de paz, más ansioso de estudios agradables de lecturas serenas, que de reyertas y afanes.

En la biblioteca paterna encuentra la colección de "El iniciador," el periódico que refleja estereoscópicamente el movimiento intelectual de 1838. Allí se enfrenta con Juan María Gutiérrez, su primer clásico. Lee con obstinación irresistible, con una entrega absoluta, de la mañana a la noche, hasta agotar la biblioteca de su padre, recorre las librerías de lance, se hace prestar libros que margina terriblemente, frecuenta las bibliotecas públicas. Durante cinco años concurre día a día, sin faltar más que los domingos, a la biblioteca del Ateneo y es su único lector, pues consigue como un privilegio insuperable la llave de la misma y se encierra sin dejar entrar a nadie, ni a sus íntimos amigos que se desesperan por hacerlo y llegan una hora antes de que se abran sus puertas, vanamente, pues Rodó ya está adentro, no saben cómo, leyendo con una voracidad de polilla.

No se le ve en paseos, ni en teatros, ni en reuniones. Sus únicos amigos son los libros, sus únicos amores son los libros. Rodó es de una timidez incurable, a tal punto que jamás se le ve subir a un tranvía durante su adolescencia, pues como los coches apenas si detienen la marcha en las esquinas y él no sabe treparse preferirá realizar caminatas increíbles antes que afrontar el ridículo de una caída. Tampoco trata con mujeres y apenas si tendrá, a lo largo de su vida, relaciones

con dos, pero relaciones puramente ideales; con una bailarina a la que escribe unos versos inopinados, y con una muchacha porteña a la que conoce en una travesía y por quien es defraudado cruelmente. Pero él no será un resentido, ni un despechado, ni menos un misógino. El no tiene alma de cazador pero no quiere ser tampoco una presa. Y si sus nervios son destrozados más de una vez, será por su pasión intelectual, nunca por la fiebre de los sentidos. Así como otros encuentran su clima en la aventura, en la vida intensamente vivida, Rodó encontrará su felicidad únicamente en los juegos de la inteligencia. Su ataraxia lo preservará de la desesperación que puede abatir a otras naturalezas tímidas como la suya, pero enamoradas y ardientes. Para él la mujer es una expresión de la armonía universal y será capaz de celebrar el amor contemplativo de Miguel Angel por Victoria Colonna y no la pasión crepitante de Alfredo de Musset por Aurora Dupin. El hombre muere para dejar sobrevivir al escritor. Autonomía terrible difícil de dilucidar porque todo hombre puro será siempre un enigma.

Su temprano madurar no participa del milagro de Rimbaud o de Hofmannsthal, nacidos a la perfección en la adolescencia, sino que tiene esa plenitud ordenada y armoniosa de Renán, su maestro, quien a los veinticuatro años pudo publicar su admirable *Historia Comparada de las Lenguas Semíticas*, y dar aquella su memorable lección sobre la Providencia, en la cátedra de Filosofía que conmovió a todo París intelectual. A esa misma edad publica Rodó en la *Revista Nacional* el artículo que lo señala a la admiración de sus compatriotas. ¿Quién puede decir cómo se dió en él esa condición de prosista esencial y jugoso en el Montevideo finisecular, desviado por la tortícolis política, proclive al envaramiento y al énfasis? Porque Rodó no se parece a nadie, ni el estilo pulcro con ciertas tonalidades de mayólica de su juventud, está emparentado de ningún americano. Su prosa nada

tiene que ver con la de Montalvo o la de Juan María Gutiérrez, a quienes lee con provecho y admira sin reticencias, y menos aún con la de Rubén Darío o la de Reyles, a la comprensión de cuya obra contribuye con penetrantes exégesis. Su luz igual e inquieta recuerda por instantes a la que nace de las páginas de Paul de Saint Victor, el adusto secretario de Lamartine, pero Saint Victor no logra torcerle el cuello a la elocuencia como Rodó, artista señero de estirpe helénica.

En 1898 hace periodismo en *El Orden* y profesa la cátedra de literatura de la Universidad Nacional. Dos años después publica *Ariel* que alcanza enorme resonancia en América y España. Leopoldo Alas le dedica un estudio fastuoso, Andrés González Blanco lo llama el mago de la prosa hispana y lo juzga superior a Valera, en flexibilidad, a Pérez Galdós en elegancia, a la Pardo Bazán en exquisitez. El elogio no es excesivo, son excesivas las formas del ditirambo, la melcocha de los adjetivos, esas vacaciones del juicio crítico que quieren compensarse con hipérbolos suntuosas. Pocos críticos—citamos a Alberto Zum Felde, a Pedro Henríquez Ureña, a Victor Pérez Petit entre los más agudos—ahondaron en el análisis de su obra, en el examen de la formación y la disolución de su personalidad. Pero ésta es otra historia.

No todos los hombres pasan de adolescentes, no a todos se les abre el pecho, nos decía cierta vez el melodioso Alfonso Reyes. No tiene veintiocho años Rodó cuando escribe las páginas insenescentes de *Ariel* y desde ellas incita a la juventud con el pecho abierto, a dejar los caminos sinuosos de Caliban, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal y seguir los del genio del aire, los de la inteligencia desinteresada. Y cierra así su libro: “Mientras la muchedumbre pasa, yo observo que, aunque ella no mira al cielo, el cielo la mira. Sobre su masa indiferente y oscura, como tierra del surco, algo descende de lo alto. La vibración de las estrellas se parece al movimiento de unas manos de

sembrador.” ¿Pero la salvación vendrá acaso de las alturas?

Algunos comentaristas lo entroncan a Flaubert a quien Rodó no ama. Sus afinidades son meramente formales si bien el ritmo de Flaubert es todo exterior y el de Rodó íntimo, arterial. Tal vez coincidan en los tics, en la organización orquestal de sus párrafos. Flaubert se va leyendo a sí mismo en voz alta sus novelas a medida que las escribe. Rodó trabaja en silencio, desdeña toda teatralidad. Flaubert pinta sus frases. Rodó las esculpe. Flaubert es un energúmeno. Rodó un nefelibata.

Se hace difícil creer que este hombre retraído, ausente, soñoliento haya podido ocupar una banca en la Cámara de Diputados en tres períodos distintos; en tiempos de Juan Lindolfo Cuestas primero, durante la presidencia de Claudio Williman después, y bajo el gobierno de José Batlle y Ordóñez por último.

Rodó produjo poco en relación a la actividad que desarrolló. No era un indolente, sino un prisionero transido de la forma, un cautivo de la perfección. *Los Motivos de Proteo* fueron escritos de 1904 a 1907 en una quinta de la avenida Buschental, cerca del Prado. Estudia inmensamente pero trabaja sin método. En 1905 publica un folleto: *Liberalismo y jacobinismo*, escrito al margen de un decreto oficial en el que apenas se reconoce su voz, tan díspera emerge del fondo de su prosa: y en 1913 *El Mirador de Próspero*, digno del santo epónimo. Vive feliz encerrado frente a los anaqueles de su biblioteca. Y si alguna vez se le ve en el café Suizo es en los bellos tiempos de la *Revista Nacional* cuando se amontonaba sobre las pruebas persiguiendo las erratas con la tenacidad de un lepidopterólogo. En 1901 se le confía juntamente con Juan Paullier y Víctor Pérez Petit la misión de reorganizar la Biblioteca Nacional y poco después ocupa la dirección de la misma. Se siente feliz. Pero como es una naturaleza débil no puede substraerse al llamado de la política que lo amargará para siem-

pre. Abandona la Biblioteca para ir al Parlamento, como abandonará un día el libro para ir al diario, la austera serenidad de su gabinete de trabajo por la trepidación exasperante de las redacciones. En 1909 es designado Presidente del Círculo de la Prensa y de 1912 a 1914 escribe en el *Diario del Plata*.

Fundamentalmente bueno sufre al filo de la guerra del 14 una crisis de melancolía. Se hace misántropo. Se le ve caminotear por los albaicines de Montevideo hasta perderse entre las sombras de la plaza Zabala, cabizbajo, rumiando sus meditaciones, siempre solo, siempre taciturno. El 14 de Junio de 1916 parte para Europa en el *Avón*. Conoce Río de Janeiro, Bahía, Lisboa. Ya le vimos en Barcelona. Ahora recorre Florencia, Pisa, Turín, Bolonia, Roma, Nápoles. Una revista argentina recoge sus impresiones de viaje, un prodigio de pensamiento y de forma. Rodó que parecía padecer de una fofobia incurable, al punto de trabajar siempre en la penumbra, aún durante las horas de la mañana, se siente embriagada por la luz del mediodía italiano. Pero no sospecha, encandilado por la reverberación del paisaje, que las gorgonas siguen sus pasos. *Si la belleza no fuera la muerte* . . . En marzo de 1917 está en Capri y visita la Gruta Azul en una barca de cuatro remos. El mar comienza a agitarse. “Y como la estrechísima boca de la gruta sólo da fácil paso mientras el agua está enteramente tranquila, debo esperar el momento de salir, tendido en el fondo de la barca en la actitud de un cadáver en su féretro,” escribe premonitoriamente.

Rodó llega a Palermo semanas después, exactamente el 3 de Abril. Ocupa la habitación 215 del Hotel des Palmes. Se siente enfermo, muy enfermo. Ya intentó una cura de aguas en Montecatini. Es posible que allí haya contraído el tifus. Sus días son brutales y el abandono de su propia persona llega a extremos inenarrables. El destino va a jugarle una mala pasada al maestro celoso de la sereni-

dad, al que supo dibujar el íntimo sentido del ocio clásico, de la vida que se saborea, al artista cuyo estilo tiene el frío aliento de las montañas, al hombre sigiloso y armonioso, enemigo de las demasías como el griego antiguo, incapaz de descomponer el gesto, de alzar la voz. La enfermedad lo hiere con saña y Rodó, el artista silencioso, grita sin tregua, grita desesperadamente, grita de la mañana a la noche en una agonía implacable. Todo lo que calló: lo que contuvo a lo largo de cuarenta años Rodó lo expide furiosamente a través de la garganta encendida, desde el fondo de su ser lacerado.

Trasladado al hospital San Saverio, los que le asisten no aciertan en el diagnóstico. Todos los síntomas son, empero, para un médico argentino, el doctor Cartasegna, los de una uremia convulsiva que desemboca inexorablemente en una carfología, una especie de delirio del movimiento con una profunda obtusión de la inteligencia.

¡Pobre Rodó! El esteta severo y translúcido debe partir como poseído por el de-

monio, zangoloteado sin misericordia por la espantable Medusa, clamando en un desierto de piedra, sólo, deshecho.

Es José Enrique Rodó el tercer uruguayo ilustre que muere bajo el cielo de Italia. Le precedieron en el viaje hacia las altas tinieblas Juan Manuel Blanes cuya vida terminó en Pisa en 1901, y Florencio Sánchez que cerró los ojos a la luz en Milán en 1910. Rodó, "gota de agua en el torrente que rueda a la muerte y al olvido," se apagó el primero de Mayo de 1917. Aún no había cumplido los cuarenta y cinco años.

El 27 de Febrero de 1920 sus restos llegaron a Montevideo y fueron velados entre antorchas en el peristilo de la Universidad, ante una muchedumbre que colmaba las calles como un mar desbordado. El espíritu del maestro se estaba disolviendo en el surco. Y toda América permanecía en silencio para contemplar el milagro de su germinación. Las ideas son sagradas cuando poseen la pasible belleza de las madres. ¿Quién dijo que Rodó ya no existe?